



Problema de la Tierra

España madre de la gran propiedad

Hablar de propiedades, es hablar de abuso, de iniquidades; más claro: hablar de robo. Peor el país en que vivimos, además de que conserva esa costumbre tradicional de considerar la propiedad como un derecho divino, tiene otra, más iniqua, que es continuar defendiendo el gran latifundio, origen y producto de la reconquista cristiana. Bien claro nos lo describe el señor Guichot en su historia de Andalucía, cuando el alto clero y la nobleza militar se apoderan de los fértiles campos andaluces, dejándolos regados con sangre árabe; entonces es cuando el reparto territorial para los vencedores de horea y cuchillo se realiza. Así es cómo continúa la tradición de la nobleza española, pasando las propiedades de padres a hijos, habiendo hoy, según el señor Carrión, más de un millón de hectáreas en poder de esa raza tradicional, producto del robo de sus antepasados. Si en realidad hay países como Argentina y toda la América del Sur, que poseen propietarios de grandes extensiones territoriales, no es menos verdad que España los posee también. En Chile, entre 599 propietarios poseen la mitad de su territorio. La familia Alzaga Unzué, de Argentina, posee 368.244 hectáreas de tierra, valuadas en 98.274.200. La familia Anchorena, tiene en el mismo país 378.094 hectáreas, y la familia Luro tiene la friolera de 233.338 hectáreas, siendo los dueños de las fértiles pampas argentinas, que podrían alimentar a media humanidad. En España no llega a poseer un solo señor tanta tierra, pero en cambio no pueden quejarse los señores andaluces, porque también ellos son amos y señores de haciendas y de cientos de kilómetros cuadrados. En

Extremadura, donde la propiedad está más reconcentrada, dice el señor Palomo que hay fincas de más de 14.000 hectáreas, que equivalen a ciento cuarenta kilómetros cuadrados. Se dan cuenta los campesinos de lo que supone ciento cuarenta kilómetros cuadrados de un solo señor que jamás en su vida ha deramado una sola gota de sudor para cultivar su tierra? El señor Gascón dice que la dehesa de Perales, perteneciente a la casa del mismo nombre, mide más de 20.000 fanegas de superficie. El señor Vega Morón y José Morato, en sus respectivos tratados sobre el latifundio en Extremadura, y «Proyecto de colonización del monte», hacen resaltar la injusticia que representa el que millones de campesinos mueran de inanición y otros de muertes prematuras, por no tener un pedazo de tierra, mientras la alta nobleza tenga sin cultivar cerros de 18.000.000 de hectáreas. Un campesino de Levante.

AVISO Federación Local de Grupos Anarquistas de Melilla

Ponemos en conocimiento de los comités Peninsular, Regional y Locales de la F. A. I. que los grupos anarquistas existentes en esta ciudad están representados en esta Federación Local; por tanto deseamos que, en bien de la organización específica, no se mantenga correspondencia con grupos de esta localidad si sus cartas no van convenientemente avaladas con el sello de esta Federación Local. Melilla, noviembre 1935.

De Alora (Málaga)

Más actividad

Jamás en este pueblo hubo lucha de clase, hasta que la Confederación pudo crear un Sindicato. Poco después del advenimiento de la República se planteó una huelga magnífica, pero la poca preparación de los trabajadores la hizo fracasar; no obstante, se consiguieron algunas mejoras y más respeto por parte de la patronal. Después salieron los que nunca faltan, los traidores, y las pocas libertades dieron fin a la organización. Y volvieron los obreros a los tiempos antiguos, sometidos al caciquismo de levita y solana. El paso veloz de la doctrina anarquista por esta ciudad quedó olvidado por todos; pero siempre hay quien se levanta a tiempo para indicar a los demás que despierten del sueño en que estaban sumidos. Hoy vemos, con satisfacción que ha surgido una Juventud Libertaria que, aunque está tropezando con los mayores obstáculos, viene desarrollando buena labor. ¡Compañeros! Hay que multiplicar nuestra propaganda; hay que estar preparados para levantar el Sindicato, cuando las circunstancias lo permitan; hay que hacer buena preparación en la clase trabajadora para que el Sindicato no sea lo que fue antes. Que no sea malogrado el trabajo que venimos haciendo por ninguno de nosotros; sepamos elevarnos moralmente por encima de todos, apartándonos de la taberna y el vicio y que nuestro ejemplo sirva para los demás jóvenes. Un saludo a los nuevos grupos de los pueblos cercanos Alcazina, Casarabonela, Valle y Bobadilla, y les aliento a que prosigan la marcha emprendida. GONZALO HUERTAS.

DESDE CALATAYUD

Esto si que es un atentado

Calatayud, Ciudad aragonesa. En ella, como es natural, existe una cárcel. En ella nos encontramos unos cuantos trabajadores, pertenecientes a la C. N. T. en calidad de presos gubernativos. Y vamos con el motivo que nos mueve a escribir estas líneas: Para sacar en clara y rotunda consecuencia de lo que la burguesía y las clases timoratas han llamado y siguen llamando atentado, voy a relatar, mejor dicho, a hacer resaltar un hecho. Este es el que es el verdadero atentado, monstruoso, criminal, vandálico y torpe. No es crimen, monstruosidad y vandalismo, traer a la cárcel este joven compañero, que no ha cometido otro delito que el de ser socialista? Y ante esto, los fanáticos religiosos, los políticos, creadores del derecho, los agentes y toda esa gente llamada «del orden», no levantan una queja ni una protesta que impide se detenga a ese ser incapaz, por sus tristes condiciones físicas, para cometer el menor acto o gesto que atente contra nadie y contra nada. Nosotros, los asesinos, los obradores, los perturbadores, nosotros, si nosotros, los despreciados por esta maldita sociedad capitalista, nos levantamos airados contra este atentado, contra esta villanía cometida y ejecutada al amparo del caciquismo rural, no haría todavía de sangre proletaria. A los juriconsultos, a los jueces y magistrados, les decimos: ¡Qué hacéis, qué leyes dictáis, que permites, se detengan a seres indefensos, privados por la madre naturaleza de unos miembros importantes; incapacitados por sí mismo; hasta para trasladarse de un sitio para otro? Católicos, republicanos, vosotros que os llamáis hermanos; ¡por qué no impedís este atentado que es una burla al derecho de existencia? ¡Sabéis por qué no protestáis? Ya os lo diré yo. Porque sois vosotros mismos los que decretáis estos atentados. Porque vosotros sois la causa, y estos hechos los efectos. Y porque tenéis un mezquino y ruin concepto de la humanidad. Porque sois los verdugos, los Nerones de los pueblos, los que siempre habéis truncado las ilusiones del hombre en la vida. Y por último, para que todos seamos juzgados, pongo sobre la cancha periodística, el hecho que aquí ha sucedido y que los trabajadores, los hombres, mujeres y pueblo en general, saquen las consecuencias debidas y sepan cargar a cada cual el premio o castigo que se merece. MANUEL SAUROS. Calatayud.

En la cárcel de Calatayud he ingresado como inculpa de octubre Santos P. López, sevillano, que se apresta a ser asesinado. He estado en la cárcel de Barcelona en idénticas condiciones físicas, acusado de ser un político militante de la F. A. I. Hace unos días, vinieron a ésta unos detenidos. Estos eran de un pueblo vecino. ¿Motivos? El supuesto movimiento del 6 de octubre. Todos ellos, menos dos, de la C. N. T. La excepción, eran dos jóvenes socialistas. El uno de ellos, llama-

Esperanto Preservo de I. L. E. S. Solidaridad Internacional

La vida de dos obreros italianos está en peligro. Estos son: Vinson Ferrero, que desde hace treinta años vive y trabaja en California, y Dominico Salito, el cual también hace más de 15 años que reside en Estados Unidos. Ambos entraron legalmente en el país. El único delito por el cual el Gobierno de los Estados Unidos quiere enviarlos a Italia, es el de ser activos militantes antifascistas. Ya sabemos qué sería de estos camaradas, caso de ser enviados a las hordas de Mussolini. El Gobierno norteamericano ya mató cruelmente a dos obreros italianos: Sacco y Vanzetti. ¡Debemos nosotros estar indiferentes, si nuevamente dos inocentes son enviados a muerte seguramente encontrarían la muerte? ¡Protestad, procurando que Ferrero y Salito no sean expulsados! Ayudad al Comité de socorro nombrado para este fin: A. B. Botti, 590 Duncan St. San Francisco, California. LLAMAMIENTO Ya que la onda de opresión se va extendiendo sin cesar en Rusia, y especialmente contra obreros revolucionarios y de conciencia libre, se ha fundado un Comité Internacional contra la reacción antiproletaria de Rusia. Dicho Comité ha publicado un manifiesto firmado por más de 60 conocidos escritores de Austria, Bélgica, Inglaterra, Suiza, Holanda, España y Francia. La dirección del Comité es: Comité Internacional contra la represión antiproletaria en Rusia, Maisen des Artistes, Grand' Place, 19, Bruselas (Bélgica). También desde hace ya mucho tiempo existe una organización para ayudar por medio de donativos, a los anarquistas y sindicalistas destruidos y encarcelados en el país del fascista rojo Stalin. La dirección es: Albert de Jong, Hugo de Grootlaan, 6, Heenstede (Holanda).

NOTICARIO DEL PERU

Revolucionarios del acomodo.— Así como suena, nos resultan los revolucionarios del izquierdismo peruano, que dicen proclamar una «nueva política» y que vienen a prestigar la política. Como si la política, por mucho que se remoce y se engañe, no fuera la vieja celestina de la democracia, y como si pudiera prestigarlo lo que nunca tuvo prestigio alguno. Blandían de revolucionarios y no desperdiciaban ocasión para gritar desahogado: «Somos revolucionarios», «somos un partido del pueblo», «propugnamos la justicia social» y otras tantas frasecitas aprendidas cuando actuaban en el ambiente revolucionario del proletariado, pero que hoy, en boca de tales politicantes, carecen de sinceridad y hasta han perdido su virtualidad emotiva, su espíritu dinámico propulsor de progreso, degenerando en una enrevesada y cansada fraseología demagógica, fofa y sin sentido regenerador y verdaderamente revolucionario, cuya prensa tiene el grande desperdicio de publicar, en letras de molde, el viaje axioma de la Internacional: «La emancipación de los obreros tiene que ser obra de ellos mismos», axioma que, a pesar de los años transcurridos desde su proclamación, aún no es bien comprendido, ni ha llegado a conocimiento de gran parte de los obreros, por eso mismo desinteresados en conseguir su emancipación, pero que los políticos de izquierda lo toman como cartel para su propaganda partidista. Y la farsa sigue engañando a las masas, sugestionadas por ese verbalismo de retumbón y las posturas de condottieri de los caudillos que prometen arreglarlo todo cuando lleguen al poder. Creencia absurda por no decir tonta, que los trabajadores, alfiados por la política y acostumbrados a poner el hombro para que otros trepan al peral a comerse los frutos, esperan ver realizada. Y por eso se afanan y luchan poseídos por un mesiánico fanatismo, porque sus caudillos capturan el Estado.

«Ya que la Revolución, para cumplir la misión que su ciclo la destina, se presenta como Social, el partido revolucionario por excelencia debe ser anárquico. Debe presentarse, no como adversario del dato o aquella forma de Estado, sino de todo el Estado, porque allí donde ve el Estado, ve privilegios y miseria, ve dominadores y súbditos, clases directoras y clases desheredadas, ve política y no justicia, ve códigos y no derechos, ve cultos dominantes y no religiones, ejércitos y no defensas, escuelas y no educación, ve el extremo lujo y la extrema carencia. Y todo pontificio, rey, presidente, directorio, dictador; tal es siempre el Estado: divide en dos partes las comunidades, y allí donde más divide con uno u otro nombre, más domina. Orgullosos y altaneros con los súbditos, envidiosos con el vecino, el Estado es la opresión dentro y la guerra en el exterior.» Muchos otros juicios críticos podríamos citar de escritores no anarquistas, en contra del Estado, como organización política, administrativa y jurídica, a fin de llevar al convencimiento de los trabajadores, de que el Estado burgués-capitalista hoy, aprista, socialista o bolchevista de mañana, siempre será impotente para suprimir el monopolio y la explotación de unos hombres sobre otros. ¡No es suficiente prueba el experimento marxista en Rusia, el socialismo en Italia y el socialismo en Alemania, de cuyas teorías se han embebido nuestros políticos de izquierda? Por otra parte, ¡qué nos ofrecen estos políticos? Una patria grande, un ejército poderoso, unas cuantas leyes sociales, el reparto de ciertas tierras incultas, mejor escuela y otras tantas reformas que también las ofrecen los partidos evolucionistas, incluso el civilista, que se jacta de haber dado las leyes de accidentes de trabajo, la reglamentación del trabajo de las mujeres y los niños, etc. Mas todas estas leyes y todas esas reformas no suprimen la miseria y la explotación de quienes trabajan. Pretender que el Estado, aprista o bolchevista, o socialista, sólo será una etapa indispensable para llegar, después, a la completa autonomía del individuo en una sociedad socializada, es como querer que las rosas florezcan en un fango pútrido, cuyos miasmas astís y enferma a todos. Es inútil alagar que nosotros no podemos prejuzgar de la conducta de los hombres cuando lleguen al poder. ¿Cómo? Acaso, ahora que están en el plano de su propaganda, donde debieran mostrarse rectitud, sosteniendo sus programas políticos, no vemos cómo, en discursos y manifiestos, condenados y penados, cada y se arrojan a

«Ya que la Revolución, para cumplir la misión que su ciclo la destina, se presenta como Social, el partido revolucionario por excelencia debe ser anárquico. Debe presentarse, no como adversario del dato o aquella forma de Estado, sino de todo el Estado, porque allí donde ve el Estado, ve privilegios y miseria, ve dominadores y súbditos, clases directoras y clases desheredadas, ve política y no justicia, ve códigos y no derechos, ve cultos dominantes y no religiones, ejércitos y no defensas, escuelas y no educación, ve el extremo lujo y la extrema carencia. Y todo pontificio, rey, presidente, directorio, dictador; tal es siempre el Estado: divide en dos partes las comunidades, y allí donde más divide con uno u otro nombre, más domina. Orgullosos y altaneros con los súbditos, envidiosos con el vecino, el Estado es la opresión dentro y la guerra en el exterior.» Muchos otros juicios críticos podríamos citar de escritores no anarquistas, en contra del Estado, como organización política, administrativa y jurídica, a fin de llevar al convencimiento de los trabajadores, de que el Estado burgués-capitalista hoy, aprista, socialista o bolchevista de mañana, siempre será impotente para suprimir el monopolio y la explotación de unos hombres sobre otros. ¡No es suficiente prueba el experimento marxista en Rusia, el socialismo en Italia y el socialismo en Alemania, de cuyas teorías se han embebido nuestros políticos de izquierda? Por otra parte, ¡qué nos ofrecen estos políticos? Una patria grande, un ejército poderoso, unas cuantas leyes sociales, el reparto de ciertas tierras incultas, mejor escuela y otras tantas reformas que también las ofrecen los partidos evolucionistas, incluso el civilista, que se jacta de haber dado las leyes de accidentes de trabajo, la reglamentación del trabajo de las mujeres y los niños, etc. Mas todas estas leyes y todas esas reformas no suprimen la miseria y la explotación de quienes trabajan. Pretender que el Estado, aprista o bolchevista, o socialista, sólo será una etapa indispensable para llegar, después, a la completa autonomía del individuo en una sociedad socializada, es como querer que las rosas florezcan en un fango pútrido, cuyos miasmas astís y enferma a todos. Es inútil alagar que nosotros no podemos prejuzgar de la conducta de los hombres cuando lleguen al poder. ¿Cómo? Acaso, ahora que están en el plano de su propaganda, donde debieran mostrarse rectitud, sosteniendo sus programas políticos, no vemos cómo, en discursos y manifiestos, condenados y penados, cada y se arrojan a

sostener ideas contrarias, pactando, con fines electorales, con partidos de derecha, precisamente con el demócrata reformista, engendro y sostén de la tiranía legislativa, que aprisa, deportó y torturó a tantos de esos que hoy forman la plana mayor del izquierdismo? ¡No basta las declaraciones de ciertos líderes máximos, diciendo que sus partidos no atacan al militarismo ni a la Iglesia, no van contra el capital ni quieren la destrucción de la patria? El desde hoy cometen renuncios y herejías en sus credos políticos (cabe esperar que en el poder se mantendrán íntegros y fieles a sus programas inmediatos, meditados y demás promesas reformistas? ¡No! Cuando se pierda la rectitud y el equilibrio y se aflojan las convenciones, en el llano, menos se pueden conservar en el poder, donde el vértigo de triunfo, de mando y honores, trae consigo el temor de perderlo todo, y entonces, la tiranía, la dictadura se hace razón de Estado, y los gobernantes, astuciados del devenir revolucionario que ansian las masas, vuelven la cara al pasado y caen en el sadismo del despotismo y la reacción bolchevista. No. El proletariado no debe confiar la solución del problema económico, que es lo único que se debate y por el cual la humanidad se agita y convulsiona, a ningún partido político ni hombres que prometen hacerlo todo, desde el poder. Los titulados «eres, providenciales, bien juzgados, están por la Historia, y no es el Estado, la varita mágica de Moisés, ni Jesús multiplicando los peces y los panes, virtudes éstas que estuvieron muy bien para leyendas míticas de siglos retrogrados. Muy al contrario, el Estado no puede subsistir sin el robo, el dolo y el crimen: vive consumiendo, gastando, derrochando, lo que los pueblos producen y fomentan. Para eso el Estado tiene un considerable número de jefes, ministros, comisarios, consejeros, burocratas, policías, corrillos y corbetes que, se pretenden representar al Estado, de administrar, y velar por el bien público, viven a expensas de las rentas fiscales, que no son sino tributos arrancados a los que trabajan, mediante leyes coercitivas, no discutidas ni aprobadas por las masas, sino por una minoría que, a título de representantes o delegados de los pueblos, se arrojan a espaldas de los representados y se imponen con la fuerza pública y el terror. Mientras el Estado permanezca en pie, la esclavitud civil y económica del hombre no será abolida. Porque quedará siempre predominante el principio de Autoridad, antitético de Libertad. Mas, nuestros novelesos partidos de izquierda, no quieren entenderse

lo así, o si lo entienden, aumentan el caudal de engaño y farsa que poseen, y arrastran a las masas por caminos que no son de emancipación económica y social, hacia las dictaduras de Estado que, llámese aprista o marxista, no por eso dejan de ser dictaduras. Y no es proclamar una revolución, el quitarles la opresión del frac para colocarnos la tiranía del overol. En todo caso, será una revolución a la inversa, como la del fascismo, para salvar al capitalismo y a la monarquía italiana, o la de Hitler, para consolidar el Estado alemán y revivir un imperialismo de una raza que se cree pura y superior a otras razas. Pero no, los políticos de izquierda no pueden llamarse revolucionarios, toda vez que ellos no propugnan una revolución que liquide el orden actual para instaurar otro orden social sin pobres ni ricos, mandones ni esclavos. Sus programas no contienen sino superficiales reformas, algunas de éstas ya ejecutadas por la burguesía en Europa, en México y otras naciones, sin que por eso hayan mejorado las tristes condiciones de opresión y miseria de los que viven a salario. El camino de las reformas sociales propiciadas por los políticos de izquierda, es el camino que conduce al acomodo, al enriquecimiento y a la soberbia. Conseguido esto, encaramados en los cargos del Estado o medrando a su sombra, viene la imposibilidad de cumplir con las promesas y la ingratitude para con las masas, a quienes después se trata con el palo, la cárcel, la deportación y la metralleta, si demuestran su descontento y reclaman las promesas o protestan contra los nuevos tiranuelos, salidos del izquierdismo tan pomposamente llamado revolucionario. Los gobernantes de la república española comprueban nuestro aserto. Por mucho, pues, que los políticos de izquierda se rotulen revolucionarios, su revolucionarismo no pasa de ser una mera declaración vocinglera, subida al tono rojo para sugestionar a las masas y conquistar el Estado. Y como sobre los pueblos; pesan siglos de seculares fanatismos y están acostumbrados al caudillismo, a los políticos se les presenta el camino llano, muy sobre todo a los caudillos: o líderes que pregonan nuevas panaceas y desatan sus furias demagógicas sobre los políticos que se obstinan en defender sus intereses creados, sus ideas conservadoras, sus posiciones de mandatarios o capitalistas. Por eso, a los políticos de izquierda les ha sido fácil arrastrar, tras de sí, a las masas que, cándidamente, creen que cambiar hombres en el poder es efectuar una revolución, que, respectivamente trascendental que braga unánimes la libertad del in-

dividido con la solidaridad de especie en una sociedad donde el bienestar no se le niegue a nadie; revolución a que aspiran y luchan por conquistarla todos los hombres bien intencionados; revolución, que como un anhelo generoso, palpita en el alma de esas mismas masas afligidas hoy, por el morbo político, que recargado de las larvas de un ancestral autoritarismo, se presenta en los políticos de derecha, y también como atavismo, en los partidos de centro e izquierda, que por muy demoliberales, apristas o marxistas que se presenten, no por eso se libran de llevar en sus fibras el furor autoritario. Pero esa epidemia tiene que pasar. La fe en los prohombres de partido tiene que decaer a medida que la realidad vaya descorriendo el velo de las ilusiones. Es por eso, que los anarquistas no debemos desahogarnos y caer en el escepticismo. Por el contrario, no debemos desmayar en la campaña contra la política, en tesis general, como una mentira de la democracia que los pseudorevolucionarios del aprismo, el socialismo y el bolchevismo, han venido a significar; como si pudiera dignificarse la corrupción y la fetidez que emanan de esa mentira; y contra los políticos de ambos lados y centro, por su cinismo en engañar a las masas y poniendo de relieve sus patrañas y falacias, sus contradicciones y sus ansias de arribismo, enriquecimiento y prebendalismo, que no otras cosas se encierran en las luchas políticas por alcanzar el poder. Y téngase en cuenta que, cuando combatimos a los políticos, preferentemente tenemos que atacar a los izquierdistas, por su desperdicio en hablar de la revolución social, usando unas cuantas frases, lemas y axiomas nuestros, con el premeditado fin de extraviar el criterio de los trabajadores y amenazar a la burguesía, cuyos periodistas e intelectuales creen ver, en esos izquierdistas, los alentadores de una profunda revolución social y económica. No; la burguesía no debiera asustarse ni combatir a las izquierdas políticas por sus iniquidades, sus agitaciones y su sistemático plan de ataque, pues todo esto, obra de sus hijos letrados llegados a mayor edad sólo tiende a desplazar de sus puestos a los políticos oportunistas, conservadores e ineptos, para dar paso a la juventud, que irrumpe a la vida pública con todos los vicios del pasado, al que están ligados por el cordón umbilical de la política, que eviteja o «nueva», siempre hepa el horror del autoritarismo y el orgullo de conservar la esclavitud de quienes viven de su diario saqueo. ATENEOPILO.